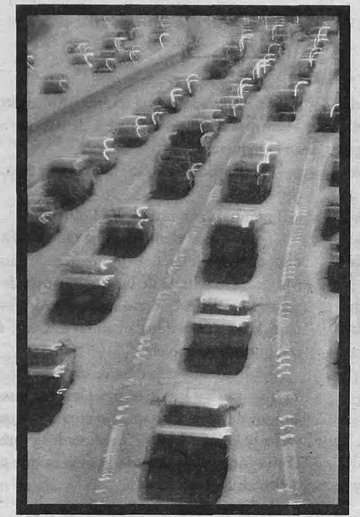
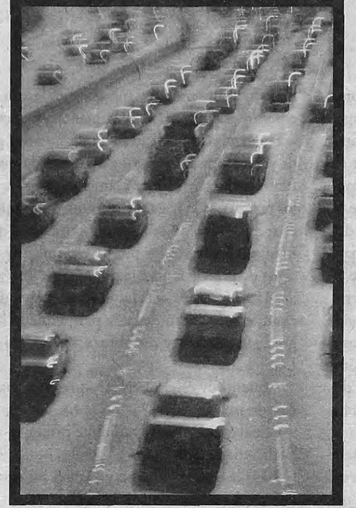
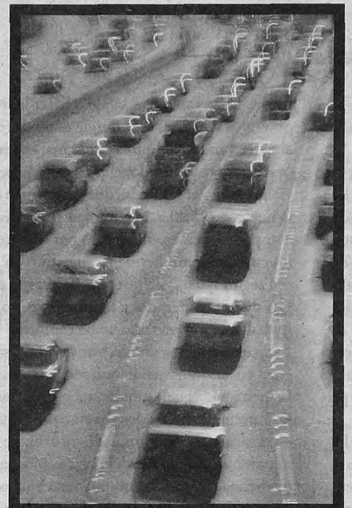
HOGAR, AGRIO HOGAR

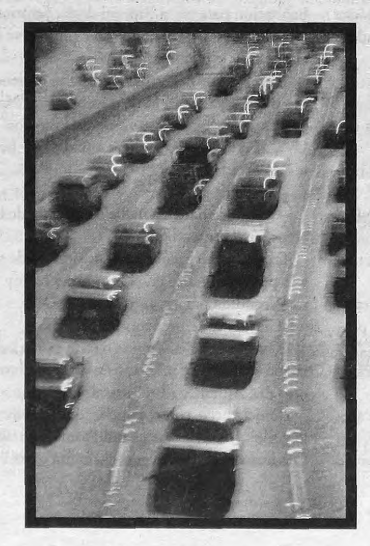
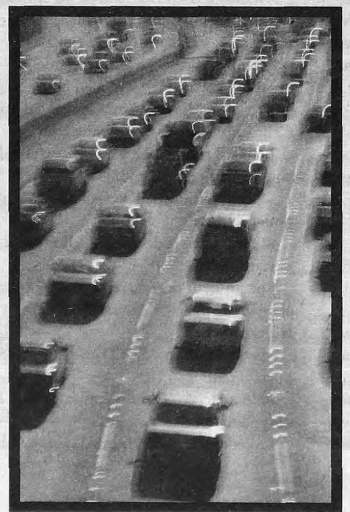
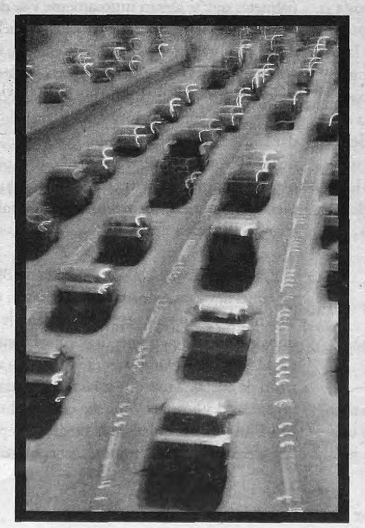
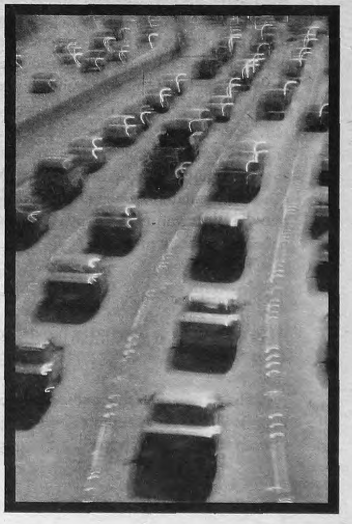





Por Rodrigo Fresán

Algún oscuro día de justicia se reconocerá de una buena vez por todas que el norteamericano Bret Easton Ellis (Los Angeles, 1964) es un escritor muy bueno e interesante y no el culpable de todos los crímenes habidos y por haber por el simple y complejo hecho de, en 1991, haberse atrevido a publicar un libro titulado *American Psycho*. La novela en cuestión –una feroz sátira de la resaca yuppie, el consumismo yanqui y el horror vacuo en el que flotan el Tío Sam y su familia– despertó olas de indignación por su violencia, misoginia y canibalismo. Los detractores del asunto compararon a Patrick Bateman –héroe y villano del asunto– con la obscenidad de una *snuff movie* pero no exageremos: Bateman no es otra cosa que el hermanito menor y tonto del doctor Lecter. Y nadie protestó a la hora de Hannibal y su cerebrito salteado con vino blanco y hasta propusieron a Thomas Harris para el Pulitzer. Seguro que Ellis –un moralista con colmillos pero moralista al fin y al cabo– se rió mucho.

Ellis se ríe desde 1985, cuando tuvo su primer *succès d'scandale* con *Menos que cero*, la crónica-novelada supuestamente autobiográfica de un puñado de disolutos y adinerados adolescentes de Los Angeles rindiendo culto a la Santísima Trinidad del sexo, drogas, rock and roll (y más drogas). Con prosa que funciona como el perfecto y despiadado y seco equivalente de una polaroid, Ellis narraba allí el viaje desde un colegio caro de New England para pasar las fiestas en la patria chica de la ciudad del smog, las colinas, la playa, las películas y el fantasma de Sharon Tate. Como bien apunta Juan Ignacio Boido, *Menos que cero* es una novela de viaje que narra un periplo original dentro del género y común dentro de la vida: el retorno al hogar por unos días como si se tratara de un territorio lejano, exótico, marcopolesco pero, claro, muy pero muy aburrido.

Y de eso trata la literatura de Ellis, comparada por Osvaldo Soriano a la de Scott Fitzgerald: del aburrimiento generacional. Las pastillas y las líneas de cocaína se continuaron convidando en su siguiente libro –*Las leyes de la atracción* (1987)–, donde ahora se nos mostraban las fotos desenfocadas de lo que ocurría de vuelta a clase: sexo, droga, rock and roll, pero en un clima más frío. Después llegó *American Psycho* y los relatos revisitando monumentos históricos y bares preferidos de *Los informantes* (1994), entre los que destaca el formidable "En el zoológico con Bruce", donde se cuenta un amor interplanetario o psicópata, da igual. *Glamorama* (1999) hacía desfilar a un cardumen de descerebrados modelos de alta y baja costura por las pasarelas del mundo con la lírica maldad y admiración de un Truman Capote juvenil o de un Martin Amis menos consciente de sí mismo. Pero antes de todo eso, en las páginas que siguen, un chico vuelve a casa para Navidad. Y, por supuesto, no hay nadie en casa. Mejor.

Menos que cero

Mi madre y yo estamos en un restaurante de Melrose, y ella bebe vino blanco y sigue con las gafas de sol puestas y no deja de tocarse el pelo y yo no dejo de mirarme las manos, completamente seguro de que están temblando. Trata de sonreír cuando me pregunta qué quiero por Navidad. Me sorprende lo mucho que me cuesta levantar la cabeza para mirarla.

Por Bret Easton Ellis

A la gente le da miedo mezclarse con la circulación de las autopistas de Los Angeles. Esto es lo primero que oigo cuando vuelvo a la ciudad. Blair me recoge en la terminal y murmura eso mientras su coche sale del aparcamiento. Dice: "A la gente le da miedo mezclarse con la circulación de las autopistas de Los Angeles". Aunque la frase no debiera haberme inquietado, se me queda grabada en la mente durante bastante tiempo. No parece que importe nada más. Ni el hecho de que yo tenga dieciocho años y sea diciembre y el vuelo haya sido duro y la pareja de Santa Bárbara, que estaba sentada frente a mí en primera clase, se emborrachase a conciencia. Tampoco el barro que me había salpicado las perneras de los vaqueros, que notaba como frescos y sueltos a primera hora de ese día en un aeropuerto de New Hampshire. Tampoco la mancha en la manga de la camisa arrugada y sudada que llevo, que aparecía nueva y limpia esta mañana. Ni el roto en el cuello de mi chaqueta de tela escocesa gris, que parece bastante más propia del Este que antes, en especial comparada con los ajustados vaqueros de Blair y su camisa azul pálido. Todo esto parece irrelevante al lado de esa frase. Parece más fácil oír que a la gente le da miedo mezclarse que: "Estoy completamente segura de que Muriel está anoréxica", o escuchar al cantante de la radio que grita en las ondas magnéticas. Nada parece importarme excepto esa docena de palabras. Ni el viento cálido, que parece empujar al coche por la desierta autopista de asfalto, ni el leve olor a marihuana que todavía impregna el coche de Blair. Todo lo cual lleva a que soy un chico que vuelve a pasar un mes en casa y se encuentra con alguien a quien lleva cuatro meses sin ver, y a que a la gente le da miedo mezclarse.

Blair deja la autopista y llega a un semáforo en rojo. Una fuerte ráfaga de viento hace que el coche oscile durante un momento y Blair sonríe y dice algo sobre bajar la capota del coche y cambia a otra emisora. Al acercarnos a mi casa, Blair tiene que parar el coche porque hay cinco obreros retirando los restos de las palmeras que ha derribado el viento y cargando en un camión rojo muy grande las hojas y los trozos de corteza seca, y Blair vuelve a sonreír. Se detiene ante mi casa y la puerta del jardín está abierta y me bajo del coche y me sorprende notar la sequedad y el calor. Me quedo allí parado un buen rato y Blair, después de ayudarme a descargar las maletas, me hace una mueca y pregunta:

–¿Te pasa algo?

–No –contesto.

–Pareces pálido –insiste Blair.

Yo me encojo de hombros y nos decimos adiós y ella sube a su coche y se va.

Nadie en casa. El aire acondicionado está conectado y la casa huele como a pino. Hay una nota en la mesa de la cocina que dice que mi madre y hermanas han salido a hacer las compras de Navidad. Desde donde estoy distingo al perro tumbado junto a la piscina, respirando pesadamente, dormido, el pelo agitado por el viento. Subo al piso de arriba y me cruzo con la nueva muchacha, que me sonríe y parece comprender quién soy, y paso por delante de los cuartos de mis hermanas, que todavía parecen seguir igual, sólo que tienen recortes de *QG* diferentes pegados a la pared, y entro en mi habitación y veo que no ha cambiado nada. Las paredes siguen siendo blancas; los discos siguen en su sitio; no han quitado la televisión; las persianas siguen subidas, tal y como las dejé. Parece que mi madre y la nueva muchacha, o quizá la vieja, han limpiado mi armario mientras yo estaba fuera. Hay una pila de tebeos encima de la mesa con una nota encima que dice: "¿Todavía los quieres?"; también hay un recado de que Julian me ha llamado y una tarjeta que dice: "Puñeteras Navidades". La abro y dentro dice: "Pasemos las jodidas Navidades juntos". Es una invitación a la fiesta de Navidad de Blair. Dejo la tarjeta y noto que en mi cuarto está empezando a hacer frío de verdad.

Me quito los zapatos y me tumbo en la cama y me toco la frente para ver si tengo fiebre. Creo que sí. Y con la mano en la frente miro con precaución el poster con marco y cristal que está en la pared de encima de mi cama, pero tampoco ha cambiado. Es el poster de promoción de un viejo disco de Elvis Costello. Elvis mira hacia la ventana con esa sonrisa irónica y torcida en los labios. La palabra "Confianza" revolotea por encima de su cabeza, y sus gafas de sol, un cristal rojo, el otro azul, están caídas hacia la punta de su nariz, de modo que se le ven los ojos, que están ligeramente desviados. Los ojos no me miran, con todo. Sólo miran a lo que hay junto a la ventana, pero estoy demasiado cansado para levantarme y acercarme a la ventana.

Cojo el teléfono y llamo a Julian, asombrado de recordar su número, pero nadie contesta. Me siento, y por entre las persianas distingo las palmeras que se agitan furiosamente y se doblan debido al viento caliente, y luego vuélvo a mirar el poster y luego me doy la vuelta y luego vuelvo a mirar la sonrisa y la mirada burlona, los cristales rojo y azul, y todavía puedo oír que a la gente le da miedo mezclarse y trato de olvidar la frase, olvidarla del todo. Pongo la cadena de los videos musicales y me digo que la podría olvidar y dormirme si tuviera Valium, y luego pienso en Muriel y me siento un poco mal cuando empiezan a aparecer los videos.

Esa noche llevo a Daniel a la fiesta de Blair, y Daniel lleva gafas de sol y una chaqueta de lana negra y vaqueros negros. También lleva unos guantes de cuero negro porque la semana pasada, en New Hampshire, se cortó con un trozo de cristal. Tuve que ir con él a la sala de urgencias del hospital y miraba cómo le limpiaban la herida y le quitaban la sangre y empezaban a coserle, cuando empecé a encontrarme mal y después me fui y me senté en la sala de espera y eran las cinco de la mañana y oí cantar a The Eagles "New Kid in Town" y sentí ganas de volver a casa. Estamos a la puerta de casa de Blair en Beverly Hills y Daniel se queja de que los guantes se le pegan a los puntos y le quedan estrechos, pero no se los quita porque no quiere que la gente vea los puntos del pulgar y los otros dedos. Blair abre la puerta.

–Hola, guapos –exclama Blair. Lleva una chaqueta de cuero negro y pantalones a juego. Está descalza y me abraza y luego mira a Daniel.

–Bueno, ¿y éste quién es? –pregunta haciendo una mueca.

–Se llama Daniel. Daniel, te presento a Blair –digo.

Blair le tiende la mano y Daniel sonríe y se la estrecha con suavidad.

–Bueno, entrad. Feliz Navidad.

Hay dos árboles de Navidad, uno en el cuarto de estar y otro en el estudio, y los dos tienen luces rojas que se encienden y apagan. En la fiesta hay tipos del colegio y a la mayor parte de ellos no los he visto desde que nos graduamos y todos están de pie cerca de los dos enormes árboles de Navidad. Trent, un modelo masculino al que conozco, también está.

–Hola, Clay –dice Trent. Lleva un pañuelo rojo y verde alrededor del cuello.

–Hola, Trent –digo yo.

–¿Cómo estáis, pequeños?

–Estupendamente. Trent, te presento a Daniel. Daniel, te presento a Trent.

Trent le tiende la mano y Daniel sonríe y se ajusta las gafas de sol y se la estrecha.

–Hola, Daniel –dice Trent–. ¿Dónde estudias?

–En el mismo sitio que Clay –dice Daniel–. ¿Y tú?

–Yo voy a la U.C.L.A. o, como dicen los orientales, U.C.R.A. –Trent imita a un viejo japonés, ojos rasgados, cabeza inclinada, enseña los dientes, y luego se ríe como un borracho.

–Yo voy a la Universidad de los Sin Carácter –dice Blair, sonriendo con malicia y pasándose los dedos por su larga melena rubia.

–¿Dónde dices? –pregunta Daniel.

–A la U.S.C.

–Ya entiendo. A la Universidad del Sur de California –dice él–. Está muy bien.

Blair y Trent se ríen y ella le agarra del brazo para mantener el equilibrio.

–O a la Utopía de S.C. –dice ella, casi sin poder respirar.

–O a la Utopía de C.L.A. –dice Trent, todavía riendo.

Por fin Blair deja de reír y se roza contra mí al cruzar la puerta y decirme que debería probar el ponche.

–Lo probaré yo –dice Daniel–. ¿Quieres un poco, Trent?

–No, gracias –Trent me mira y dice– Pareces pálido.

Caigo en la cuenta de que lo estoy, sobre todo comparado con el oscuro bronceado de Trent y la mayor parte de los demás que están en la habitación.

–He pasado cuatro meses en New Hampshire.

Trent busca en uno de los bolsillos.

–Toma –dice, dándome una tarjeta–. Es la dirección de un salón de bronceado de Santa Mónica. No se trata de luces ni de nada de eso, y tampoco tienes que tragar pastillas de vitamina E. Es una cosa que llaman rayos Uva y dicen que te tiñe la piel.

Al cabo de un rato dejo de escuchar a Trent y miro a los otros tres chicos, unos amigos de Blair a los que no conozco y que van a la U.S.C. Los tres bronceados y rubios. Uno canta acompañando la música que sale de los altavoces.

–Y funciona.

–¿Qué es lo que funciona?

–Los rayos Uva. Mira la tarjeta, tío.

–Ah, claro –miro la tarjeta–. Te tiñen la piel, ¿es eso?

–Sí.

–Estupendo.

Pausa.

–¿Qué has estado haciendo últimamente? –pregunta Trent.

–Deshaciendo el equipaje –digo–. ¿Y tú?

–Verás –sonríe con orgullo–. Me han contratado en una agencia de modelos, una de las buenas –me asegura–. ¿Adivinas quién va a salir, y no sólo en la portada del *International Male* de dentro de dos meses, sino también el mes de junio en el almanaque de la U.C.L.A.?

–¿Quién? –pregunto.

–Yo, tío –dice Trent.

–¿En el *International Male?*

–Sí. Es una revista que no me gusta. Mi agente les dijo que nada de desnudos, sólo algo así como los anuncios de los trajes de baño Speedo y cosas de ese tipo. Yo no poso desnudo.

Le creo, aunque no sé por qué, y miro por la habitación para ver si Rip, mi dealer favorito, está en la fiesta. Pero no lo veo y me vuelvo hacia Trent y le pregunto:

–Oye, ¿y qué más cosas has estado haciendo?

–Bueno, ya sabes, lo de siempre. Ir al Nautilus, arruinarme, ir a ese sitio de los rayos Uva... Pero, oye, no le digas a nadie que he ido a ese sitio. ¿Vale?

–¿El qué?

–Que no le hables a nadie de ese sitio de los rayos Uva. ¿Entendido?

Trent parece preocupado, casi fuera de sí, y le pongo la mano en el hombro y le doy una sacudida para tranquilizarlo.

–Claro. No te preocupes.

–Oye –dice echando una ojeada por la habitación–. Tenemos un pequeño asunto. Pero otro día. Almorzar –bromea, alejándose.

Daniel vuelve con el ponche, que es muy rojo y muy fuerte, y toso cuando tomo un trago. Desde donde estoy, puedo distinguir al padre

Menos que cero

Mi madre y yo estamos en un restaurante de Melrose, y ella bebe vino blanco y sigue con las gafas de sol puestas y no deja de tocarse el pelo y yo no dejo de mirarme las manos, completamente seguro de que están temblando. Trata de sonreír cuando me pregunta qué quiero por Navidad. Me sorprende lo mucho que me cuesta levantar la cabeza para mirarla.

Por Bret Easton Ellis

A la gente le da miedo mezclarse con la circulación de las autopistas de Los Angeles. Esto es lo primero que oigo cuando vuelvo a la ciudad. Blair me recoge en la terminal y murmura eso mientras su coche sale del aparcamiento. Dice: "A la gente le da miedo mezclarse con la circulación de las autopistas de Los Angeles". Aunque la frase no debiera haberme inquietado, se me queda grabada en la mente durante bastante tiempo. No parece que importe nada más. Ni el hecho de que yo tenga dieciocho años y sea diciembre y el vuelo haya sido duro y la pareja de Santa Bárbara, que estaba sentada frente a mí en primera clase, se emborrachase a conciencia. Tampoco el barro que me había salpicado las perneras de los vaqueros, que notaba como frescos y sueltos a primera hora de ese día en un aeropuerto de New Hampshire. Tampoco la mancha en la manga de la camisa arrugada y sudada que llevo, que aparecía nueva y limpia esta mañana. Ni el roto en el cuello de mi chaqueta de tela escocesa gris, que parece bastante más propia del Este que antes, en especial comparada con los ajustados vaqueros de Blair y su camisa azul pálido. Todo esto parece irrelevante al lado de esa frase. Parece más fácil oír que a la gente le da miedo mezclarse que: "Estoy completamente segura de que Muriel está anoréxica", o escuchar al cantante de la radio que grita en las ondas magnéticas. Nada parece importarme excepto esa docena de palabras. Ni el viento cálido, que parece empujar al coche por la desierta autopista de asfalto, ni el leve olor a marihuana que todavía impregna el coche de Blair. Todo lo cual lleva a que soy un chico que vuelve a pasar un mes en casa y se encuentra con alguien a quien lleva cuatro meses sin ver, y a que a la gente le da miedo mezclarse.

Blair deja la autopista y llega a un semáforo en rojo. Una fuerte ráfaga de viento hace que el coche oscile durante un momento y Blair sonríe y dice algo sobre bajar la capota del coche y cambia a otra emisora. Al acercarnos a mi casa, Blair tiene que parar el coche porque hay cinco obreros retirando los restos de las palmeras que ha derribado el viento y cargando en un camión rojo muy grande las hojas y los trozos de corteza seca, y Blair vuelve a sonreír. Se detiene ante mi casa y la puerta del jardín está abierta y me bajo del coche y me sorprende notar la sequedad y el calor. Me quedo allí parado un buen rato y Blair, después de ayudarme a descargar las maletas, me hace una mueca y pregunta:

–¿Te pasa algo?

–No –contesto.

–Pareces pálido –insiste Blair.

Yo me encojo de hombros y nos decimos adiós y ella sube a su coche y se va.

Nadie en casa. El aire acondicionado está conectado y la casa huele como a pino. Hay una nota en la mesa de la cocina que dice que mi madre y hermanas han salido a hacer las compras de Navidad. Desde donde estoy distingo al perro tumbado junto a la piscina, respirando pesadamente, dormido, el pelo agitado por el viento. Subo al piso de arriba y me cruzo con la nueva muchacha, que me sonríe y parece comprender quién soy, y paso por delante de los cuartos de mis hermanas, que todavía parecen seguir igual, sólo que tienen recortes de *QG* diferentes pegados a la pared, y entro en mi habitación y veo que no ha cambiado nada. Las paredes siguen siendo blancas; los discos siguen en su sitio; no han quitado la televisión; las persianas siguen subidas, tal y como las dejé. Parece que mi madre y la nueva muchacha, o quizá la vieja, han limpiado mi armario mientras yo estaba fuera. Hay una pila de tebeos encima de la mesa con una nota encima que dice: "¿Todavía los quieres?"; también hay un recado de que Julian me ha llamado y una tarjeta que dice: "Puñeteras Navidades". La abro y dentro dice: "Pasemos las jodidas Navidades juntos". Es una invitación a la fiesta de Navidad de Blair. Dejo la tarjeta y noto que en mi cuarto está empezando a hacer frío de verdad.

Me quito los zapatos y me tumbo en la cama y me toco la frente para ver si tengo fiebre. Creo que sí. Y con la mano en la frente miro con precaución el poster con marco y cristal que está en la pared de encima de mi cama, pero tampoco ha cambiado. Es el poster de promoción de un viejo disco de Elvis Costello. Elvis mira hacia la ventana con esa sonrisa irónica y torcida en los labios. La palabra "Confianza" revolotea por encima de su cabeza, y sus gafas de sol, un cristal rojo, el otro azul, están caídas hacia la punta de su nariz, de modo que se le ven los ojos, que están ligeramente desviados. Los ojos no me miran, con todo. Sólo miran a lo que hay junto a la ventana, pero estoy demasiado cansado para levantarme y acercarme a la ventana.

Cojo el teléfono y llamo a Julian, asombrado de recordar su número, pero nadie contesta. Me siento, y por entre las persianas distingo las palmeras que se agitan furiosamente y se doblan debido al viento caliente, y luego vuelvo a mirar el poster y luego me doy la vuelta y luego vuelvo a mirar la sonrisa y la mirada burlona, los cristales rojo y azul, y todavía puedo oír que a la gente le da miedo mezclarse y trato de olvidar la frase, olvidarla del todo. Pongo la cadena de los videos musicales y me digo que la podría olvidar y dormirme si tuviera Valium, y luego pienso en Muriel y me siento un poco mal cuando empiezan a aparecer los videos.

Esa noche llevo a Daniel a la fiesta de Blair, y Daniel lleva gafas de sol y una chaqueta de lana negra y vaqueros negros. También lleva unos guantes de cuero negro porque la semana pasada, en New Hampshire, se cortó con un trozo de cristal. Tuve que ir con él a la sala de urgencias del hospital y miraba cómo le limpiaban la herida y le quitaban la sangre y empezaban a coserle, cuando empecé a encontrarme mal y después me fui y me senté en la sala de espera y eran las cinco de la mañana y oí cantar a The Eagles "New Kid in Town" y sentí ganas de volver a casa. Estamos a la puerta de casa de Blair en Beverly Hills y Daniel se queja de que los guantes se le pegan a los puntos y le quedan estrechos, pero no se los quita porque no quiere que la gente vea los puntos del pulgar y los otros dedos. Blair abre la puerta.

–Hola, guapos –exclama Blair. Lleva una chaqueta de cuero negro y pantalones a juego. Está descalza y me abraza y luego mira a Daniel.

–Bueno, ¿y éste quién es? –pregunta haciendo una mueca.

–Se llama Daniel. Daniel, te presento a Blair –digo.

Blair le tiende la mano y Daniel sonríe y se la estrecha con suavidad.

–Bueno, entrad. Feliz Navidad.

Hay dos árboles de Navidad, uno en el cuarto de estar y otro en el estudio, y los dos tienen luces rojas que se encienden y apagan. En la fiesta hay tipos del colegio y a la mayor parte de ellos no los he visto desde que nos graduamos y todos están de pie cerca de los dos enormes árboles de Navidad. Trent, un modelo masculino al que conozco, también está.

–Hola, Clay –dice Trent. Lleva un pañuelo rojo y verde alrededor del cuello.

–Hola, Trent –digo yo.

–¿Cómo estáis, pequeños?

–Estupendamente. Trent, te presento a Daniel. Daniel, te presento a Trent.

Trent le tiende la mano y Daniel sonríe y se ajusta las gafas de sol y se la estrecha.

–Hola, Daniel –dice Trent–. ¿Dónde estudias?

–En el mismo sitio que Clay –dice Daniel–. ¿Y tú?

–Yo voy a la U.C.L.A. o, como dicen los orientales, U.C.R.A. –Trent imita a un viejo japonés, ojos rasgados, cabeza inclinada, enseña los dientes, y luego se ríe como un borracho.

–Yo voy a la Universidad de los Sin Carácter –dice Blair, sonriendo con malicia y pasándose los dedos por su larga melena rubia.

–¿Dónde dices? –pregunta Daniel.

–A la U.S.C.

–Ya entiendo. A la Universidad del Sur de California –dice él–. Está muy bien.

Blair y Trent se ríen y ella le agarra del brazo para mantener el equilibrio.

–O a la Utopía de S.C. –dice ella, casi sin poder respirar.

–O a la Utopía de C.L.A. –dice Trent, todavía riendo.

Por fin Blair deja de reír y se roza contra mí al cruzar la puerta y decirme que debería probar el ponche.

–Lo probaré yo –dice Daniel–. ¿Quieres un poco, Trent?

–No, gracias –Trent me mira y dice– Pareces pálido.

Caigo en la cuenta de que lo estoy, sobre todo comparado con el oscuro bronceado de Trent y la mayor parte de los demás que están en la habitación.

–He pasado cuatro meses en New Hampshire.

Trent busca en uno de los bolsillos.

–Toma –dice, dándome una tarjeta–. Es la dirección de un salón de bronceado de Santa Mónica. No se trata de luces ni de nada de eso, y tampoco tienes que tragar pastillas de vitamina E. Es una cosa que llaman rayos Uva y dicen que te tiñe la piel.

Al cabo de un rato dejo de escuchar a Trent y miro a los otros tres chicos, unos amigos de Blair a los que no conozco y que van a la U.S.C. Los tres bronceados y rubios. Uno canta acompañando la música que sale de los altavoces.

–Y funciona.

–¿Qué es lo que funciona?

–Los rayos Uva. Mira la tarjeta, tío.

–Ah, claro –miro la tarjeta–. Te tiñen la piel, ¿es eso?

–Sí.

–Estupendo.

Pausa.

–¿Qué has estado haciendo últimamente? –pregunta Trent.

–Deshaciendo el equipaje –digo–. ¿Y tú?

–Verás –sonríe con orgullo–. Me han contratado en una agencia de modelos, una de las buenas –me asegura–. ¿Adivinas quién va a salir, y no sólo en la portada del *International Male* de dentro de dos meses, sino también el mes de junio en el almanaque de la U.C.L.A.?

–¿Quién? –pregunto.

–Yo, tío –dice Trent.

–¿En el *International Male?*

–Sí. Es una revista que no me gusta. Mi agente les dijo que nada de desnudos, sólo algo así como los anuncios de los trajes de baño Speedo y cosas de ese tipo. Yo no poso desnudo.

Le creo, aunque no sé por qué, y miro por la habitación para ver si Rip, mi dealer favorito, está en la fiesta. Pero no lo veo y me vuelvo hacia Trent y le pregunto:

–Oye, ¿y qué más cosas has estado haciendo?

–Bueno, ya sabes, lo de siempre. Ir al Nautilus, arruinarme, ir a ese sitio de los rayos Uva... Pero, oye, no le digas a nadie que he ido a ese sitio. ¿Vale?

–¿El qué?

–Que no le hables a nadie de ese sitio de los rayos Uva. ¿Entendido?

Trent parece preocupado, casi fuera de sí, y le pongo la mano en el hombro y le doy una sacudida para tranquilizarlo.

–Claro. No te preocupes.

–Oye –dice echando una ojeada por la habitación–. Tenemos un pequeño asunto. Pero otro día. Almorzar –bromea, alejándose.

Daniel vuelve con el ponche, que es muy rojo y muy fuerte, y toso cuando tomo un trago. Desde donde estoy, puedo distinguir al padre de Blair, que es productor de cine y está sentado en un rincón del estudio con un joven actor con el que creo que fui al colegio. El novio del padre de Blair está también en la fiesta. Se llama Jared y es muy joven y muy rubio y está muy moreno y tiene los ojos azules y unos dientes increíblemente blancos y habla con los tres chicos de la U.S.C. También veo a la madre de Blair, que está sentada junto a la barra, tomando un gimlet de vodka. Le tiemblan las manos cuando se lleva la copa a la boca. Alana, una amiga de Blair, entra en el estudio y me abraza y yo le presento a Daniel.

–Te pareces a David Bowie –Alana, que está evidentemente pasada de coca, le pregunta a Daniel–: ¿Eres zurdo?

–No, me temo que no –dice Daniel.

–A Alana le gustan los chicos zurdos –le explico a Daniel.

–Y los que se parecen a David Bowie –me recuerda Alana.

–Y los que viven en la Colony –concluyo.

–Clay, eres tan bruto –dice riendo–. Clay es todo una bestia.

–Ya lo sé –dice Daniel–. Un bestia. Por completo.

–¿Quieres un poco de ponche? –le pregunto.

–Querido –dice ella, lenta, dramáticamente–. Hice el ponche yo. –Se ríe y luego se fija en Jared y de repente deja de reír–. Por Dios, me gustaría que el padre de Blair no invitara a Jared a estas cosas. Pone nerviosa a su madre. De todos modos está toda escocida. Aunque tenerle cerca hace que se sienta peor. –Se vuelve hacia Daniel y dice–: La madre de Blair es agorafóbica –Vuelve a mirar a Jared–. Tenía entendido que va a ir la semana que viene al Valle de la Muerte a rodar exteriores, no sé por qué no espera hasta entonces, ¿no te parece? –Alana se vuelve hacia Daniel, luego hacia mí.

–Sí –contesta Daniel solemnemente.

–Claro –corroboro yo.

Alana baja la vista y luego me vuelve a mirar y dice:

–Estás muy pálido, Clay. Deberías ir a la playa o hacer algo.

–Probablemente lo haré –Y toco la tarjeta que me ha dado Trent y luego le pregunto si Julian va a aparecer por allí–. Me llamó y dejó un recado, pero no he podido hablar con él.

–Oh, por Dios, no lo hagas –dice Alana–. Me han dicho que anda jodido.

–¿Qué quieres decir? –pregunto.

De repente, los tres chicos de la U.S.C. y Jared se echan a reír al unísono.

Alana pone los ojos en blanco y parece angustiada.

–A Jared le contó este chiste tan estúpido su novio, que trabaja en Morton's: "¿Cuáles son las dos mentiras más grandes?" "Te pagaré y no te la meteré en la boca". Ni siquiera lo entendí. Dios mío, será mejor que vaya a ayudar a Blair. Su madre sigue pegada a la barra. Encantada de conocerte, Daniel.

–Lo mismo digo –dice Daniel.

Alana se dirige hacia Blair y su madre, que están junto a la barra.

–Creo que debería haber tarareado unos cuantos acordes de "Let's Dance" –dice Daniel.

–Sí, deberías haberlo hecho.

–Caramba, Clay, eres un bestia.

Nos marchamos después de que Trent y uno de los chicos que iban a la U.S.C. ligaran junto al árbol de Navidad del cuarto de estar. Esa misma noche, algo más tarde, estamos en uno de los extremos de la barra del Polo Lounge, que está en penumbra.

–Quiero volver –dice Daniel, tranquilo, con esfuerzo.

–¿Adónde? –pregunto yo, inseguro.

Hay una larga pausa de ésas que me sacan de quicio y Daniel termina su copa y manosea las gafas de sol que todavía lleva puestas y dice:

–No lo sé. Simplemente volver.

Mi madre y yo estamos en un restaurante de Melrose, y ella bebe vino blanco y sigue con las gafas de sol puestas y no deja de tocarse el pelo y yo no dejo de mirarme las manos, completamente seguro de que están temblando. Trata de sonreír cuando me pregunta qué quiero por Navidad. Me sorprende lo mucho que me cuesta levantar la cabeza para mirarla.

–Nada –digo.

Hay una pausa y luego le pregunto:

–¿Y tú qué quieres?

No hice nada durante largo rato y vuelvo a mirarme las manos y ella bebe vino.

–No lo sé. Simplemente pasar unas Navidades agradables.

Yo no digo nada.

–Pareces triste –dice bruscamente.

–No lo estoy –le respondo.

–Pues pareces triste –dice más tranquilamente en esta ocasión. Se toca el pelo, decolorado, otra vez rubio.

–Tu también –digo con la esperanza de que no siga hablando.

No dice nada más hasta que termina el tercer vaso de vino y se sirve el cuarto.

–¿Qué tal la fiesta?

–Bien.

–¿Cuánta gente había?

–Como cuarenta o cincuenta personas –digo encogiéndome de hombros.

Toma otro trago.

–¿A qué hora te fuiste?

–No me acuerdo.

–¿A la una? ¿A las dos?

–Más bien a la una.

–Oh –hace otra pausa y toma un nuevo trago.

–No estaba demasiado bien –digo, mirándola.

–¿Por qué? –pregunta curiosa.

–No estaba bien, así de sencillo –digo, y vuelvo a mirarme las manos.

Estoy con Trent en un tren amarillo que han instalado en Sunset. Trent fuma y bebe una Pepsi y yo miro por la ventanilla y me fijo en las luces de los faros de los coches que pasan. Esperamos a Julian, que ha quedado en traerle un gramo a Trent. Julian lleva un cuarto de hora de retraso y Trent está nervioso e impaciente y cuando le digo que debería hacer los trapicheos con Rip, como hago yo, y no con Julian, se limita a encogerse de hombros. Al final nos vamos y Trent dice que a lo mejor encontramos a Julian en el salón de máquinas recreativas de Westwood. No lo encontramos y Trent sugiere que vayamos a Fatburguer a comer algo. Dice que tiene hambre, que lleva mucho sin tomar nada, y menciona algo sobre ayunar. Pedimos la comida y la llevamos a una mesa. Pero no tengo demasiada hambre y Trent se fija en que no hay chiles en mi Fatburguer.

–Pero, ¿qué te pasa? ¡No puedes comer una Fatburguer sin chiles!

Pongo los ojos en blanco y enciendo un pitillo.

–¡Qué raro estás! Has pasado demasiado tiempo en esa jodida New Hampshire –murmura–. ¡Sin jodidos chiles!

No digo nada y veo que han pintado las paredes de un amarillo muy brillante, casi deslumbrante, que parece relucir con las luces fluorescentes. Joan Jett and the Blackhearts cantan en la sinfonola "Crimson and Clover". Miro las paredes y escucho la letra. *"Carmesí y verde, siempre y siempre..."* De pronto tengo sed, pero no quiero ir al mostrador y pedir algo porque la que atiende es una chica japonesa gorda y de cara triste y hay un guardia de seguridad apoyado contra otra de las paredes amarillas mirando con desconfianza a todo el mundo, y Trent sigue mirando mi Fatburguer con cara de asombro y hay un tipo de camisa roja y pelo largo encrespado que trata de tocar la guitarra y tararear la letra de la canción en la mesa vecina a la nuestra y se pone a mover la cabeza al ritmo de la música y abre la boca. *"Carmesí y verde, siempre y siempre y siempre... Carmesí y ver-de..."*

Son las dos de la mañana y hace calor y estamos en una mesa del Edge y Trent se prueba mis gafas de sol y yo le digo que me quiero ir. Trent me contesta que nos iremos en seguida. La música de la pista de baile parece demasiado potente y me pongo tenso cada vez que la música se para y empieza otro tema. Me reclino contra la pared de ladrillo y veo a una pareja de chicos besándose en un rincón oscuro. Trent nota que estoy tenso y dice:

–¿Qué quieres que haga? ¿Quieres Torinal, verdad?

Acciona un aparato de chicles y saca uno. Yo no digo nada, me limito a mirar el aparato y luego Trent estira el cuello y dice:

–¿Esa chica es Muriel?

–No, ésa es negra.

–Oh... tienes razón.

Pausa.

–Ni siquiera es una chica.

Me extraña que Trent confunda a un chico negro, y no anoréxico, con Muriel, pero luego caigo en la cuenta de que el chico lleva un vestido de mujer. Miro a Trent y le vuelvo a decir que tengo que irme.

–Sí, tenemos que irnos –dice él–. Ya lo dijiste antes.

Con que me miro los zapatos y Trent encuentra algo que decir.

–Eres demasiado.

Yo me sigo mirando los zapatos.

–Mierda, Clay, a ver si encuentras a Blair. Vámonos.

No quiero pasar por la pista de baile, pero comprendo que para salir hay que atravesar la pista. Cerca de la puerta me encuentro con Daniel, que está hablando con una chica guapa de verdad y muy morena que lleva una camiseta sin mangas de Heaven y una minifalda blanca y negra, y le susurro que me marcho y Daniel me mira y dice:

–¿Y a mí qué coño me importa?

Por fin le agarro de la manga y le digo que está demasiado borracho y él dice que no bromee. Besa a la chica en la mejilla y nos sigue a la puerta, donde Blair está hablando, allí de pie, con un tipo que va a la U.S.C.

–¿Ya os vais? –pregunta.

–Sí –digo, preguntándome dónde habrá estado.

Salimos a la noche calurosa y Blair pregunta:

–¿Lo estáis pasando bien?

No responde nadie y Blair baja la vista.

Trent y Daniel están junto al BMW de Trent y Trent saca de la guantera las notas de Cliff sobre *Mientras agonizo* y se las da a Blair. Nos despedimos y me aseguro de que Daniel se meta en su coche. Trent dice que tal vez uno de nosotros debería llevar a Daniel a nuestra casa, pero luego está de acuerdo en que sería demasiado follón tener que llevarle a la suya mañana. Y yo llevo en coche a Blair a su casa de Beverly Hills y ella lleva las notas de Cliff y no dice nada hasta que intenta quitarse la marca de tampón de la mano y dice:

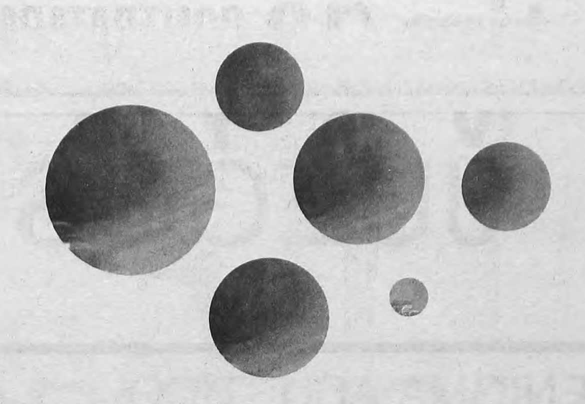
–Joder. Me gustaría que no tuvieran que ponerme un tampón negro en la mano. Nunca se quita.

Luego comenta que aunque me he pasado cuatro meses fuera, no la he llamado nunca. Le digo que lo siento y salgo del Hollywood Boulevard porque está demasiado iluminado y tomo por Sunset y luego sigo hasta su calle y luego cojo el camino que lleva a su casa. Nos besamos y me dice que he llevado el volante agarrado con mucha fuerza y me mira los puños y dice:

–Tienes las manos rojas.

Luego se baja del coche.

Se reproduce por gentileza de editorial Anagrama.



ir, que es productor de cine y está senta-
un rincón del estudio con un joven actor
que creo que fui al colegio. El novio del
de Blair está también en la fiesta. Se lla-
ed y es muy joven y muy rubio y está
moreno y tiene los ojos azules y unos
s increíblemente blancos y habla con los
icos de la U.S.C. También veo a la ma-
Blair, que está sentada junto a la barra,
ndo un gimlet de vodka. Le tiemblan las
s cuando se lleva la copa a la boca. Alana,
miga de Blair, entra en el estudio y me
y yo le presento a Daniel.
e pareces a David Bowie –Alana, que está
temente pasada de coca, le pregunta a
l–: ¿Eres zurdo?
o, me temo que no –dice Daniel.
Alana le gustan los chicos zurdos –le ex-
a Daniel.
os que se parecen a David Bowie –me
da Alana.
os que viven en la Colony –concluyo.
ay, eres tan bruto –dice riendo–. Clay es
na bestia.
lo sé –dice Daniel–. Un bestia. Por
eto.
uieres un poco de ponche? –le pregunto.
uerido –dice ella, lenta, dramáticamen-
ice el ponche yo. –Se ríe y luego se fija
ed y de repente deja de reír–. Por Dios,
staría que el padre de Blair no invitara a
estas cosas. Pone nerviosa a su madre.
dos modos está toda escocida. Aunque
cerca hace que se sienta peor. –Se vuel-
ia Daniel y dice–: La madre de Blair es
óbica –Vuelve a mirar a Jared–. Tenía
dido que va a ir la semana que viene al
de la Muerte a rodar exteriores, no sé por
espera hasta entonces, ¿no te parece?
a se vuelve hacia Daniel, luego hacia mí.
–contesta Daniel solemnemente.
aro –corroboro yo.
na baja la vista y luego me vuelve a mi-
dice:
tás muy pálido, Clay. Deberías ir a la
hacer algo.
obablemente lo haré –Y toco la tarjeta
e ha dado Trent y luego le pregunto si
va a aparecer por allí–. Me llamó y dejó
ado, pero no he podido hablar con él.
n, por Dios, no lo hagas –dice Alana–.
n dicho que anda jodido.
ué quieres decir? –pregunto.
repente, los tres chicos de la U.S.C. y Ja-
echan a reír al unísono.
na pone los ojos en blanco y parece an-
da.
ared le contó este chiste tan estúpido su
que trabaja en Morton's: "¿Cuáles son
mentiras más grandes?" "Te pagaré y no
eteré en la boca". Ni siquiera lo entendí.
ío, será mejor que vaya a ayudar a Blair.
dre sigue pegada a la barra. Encantada
ocerte, Daniel.
mismo digo –dice Daniel.

Alana se dirige hacia Blair y su madre, que están junto a la barra.

–Creo que debería haber tarareado unos cuantos acordes de "Let's Dance" –dice Daniel.

–Sí, deberías haberlo hecho.

–Caramba, Clay, eres un bestia.

Nos marchamos después de que Trent y uno de los chicos que iban a la U.S.C. ligaran junto al árbol de Navidad del cuarto de estar. Esa misma noche, algo más tarde, estamos en uno de los extremos de la barra del Polo Lounge, que está en penumbra.

–Quiero volver –dice Daniel, tranquilo, con esfuerzo.

–¿Adónde? –pregunto yo, inseguro.

Hay una larga pausa de ésas que me sacan de quicio y Daniel termina su copa y manosea las gafas de sol que todavía lleva puestas y dice:

–No lo sé. Simplemente volver.

Mi madre y yo estamos en un restaurante de Melrose, y ella bebe vino blanco y sigue con las gafas de sol puestas, y no deja de tocarse el pelo y yo no dejo de mirarme las manos, completamente seguro de que están temblando. Trata de sonreír cuando me pregunta qué quiero por Navidad. Me sorprende lo mucho que me cuesta levantar la cabeza para mirarla.

–Nada –digo.

Hay una pausa y luego le pregunto:

–¿Y tú qué quieres?

No hice nada durante largo rato y vuelvo a mirarme las manos y ella bebe vino.

–No lo sé. Simplemente pasar unas Navidades agradables.

Yo no digo nada.

–Pareces triste –dice bruscamente.

–No lo estoy –le respondo.

–Pues pareces triste –dice más tranquilamente en esta ocasión. Se toca el pelo, decolorado, otra vez rubio.

–Tu también –digo con la esperanza de que no siga hablando.

No dice nada más hasta que termina el tercer vaso de vino y se sirve el cuarto.

–¿Qué tal la fiesta?

–Bien.

–¿Cuánta gente había?

–Como cuarenta o cincuenta personas –digo encogiéndome de hombros.

Toma otro trago.

–¿A qué hora te fuiste?

–No me acuerdo.

–¿A la una? ¿A las dos?

–Más bien a la una.

–Oh –hace otra pausa y toma un nuevo trago.

–No estaba demasiado bien –digo, mirándola.

–¿Por qué? –pregunta curiosa.

–No estaba bien, así de sencillo –digo, y vuelvo a mirarme las manos.

Estoy con Trent en un tren amarillo que han instalado en Sunset. Trent fuma y bebe una Pepsi y yo miro por la ventanilla y me fijo en las luces de los faros de los coches que pasan. Esperamos a Julian, que ha quedado en traerle un gramo a Trent. Julian lleva un cuarto de hora de retraso y Trent está nervioso e impaciente y cuando le digo que debería hacer los trapicheos con Rip, como hago yo, y no con Julian, se limita a encogerse de hombros. Al final nos vamos y Trent dice que a lo mejor encontramos a Julian en el salón de máquinas recreativas de Westwood. No lo encontramos y Trent sugiere que vayamos a Fatburguer a comer algo. Dice que tiene hambre, que lleva mucho sin tomar nada, y menciona algo sobre ayunar. Pedimos la comida y la llevamos a una mesa. Pero no tengo demasiada hambre y Trent se fija en que no hay chiles en mi Fatburguer.

–Pero, ¿qué te pasa? ¡No puedes comer una Fatburguer sin chiles!

Pongo los ojos en blanco y enciendo un pitillo.

–¡Qué raro estás! Has pasado demasiado tiempo en esa jodida New Hampshire –murmura–. ¡Sin jodidos chiles!

No digo nada y veo que han pintado las paredes de un amarillo muy brillante, casi deslumbrante, que parece relucir con las luces fluorescentes. Joan Jett and the Blackhearts cantan en la sinfonola "Crimson and Clover". Miro las paredes y escucho la letra. *"Carmesí y verde, siempre y siempre..."* De pronto tengo sed, pero no quiero ir al mostrador y pedir algo porque la que atiende es una chica japonesa gorda y de cara triste y hay un guardia de seguridad apoyado contra otra de las paredes amarillas mirando con desconfianza a todo el mundo, y Trent sigue mirando mi Fatburguer con cara de asombro y hay un tipo de camisa roja y pelo largo encrespado que trata de tocar la guitarra y tararear la letra de la canción en la mesa vecina a la nuestra y se pone a mover la cabeza al ritmo de la música y abre la boca. *"Carmesí y verde, siempre y siempre y siempre... Carmesí y ver-de..."*

Son las dos de la mañana y hace calor y estamos en una mesa del Edge y Trent se prueba mis gafas de sol y yo le digo que me quiero ir. Trent me contesta que no iremos en seguida. La música de la pista de baile parece demasiado potente y me pongo tenso cada vez que la música se para y empieza otro tema. Me reclino contra la pared de ladrillo y veo a una pareja de chicos besándose en un rincón oscuro. Trent nota que estoy tenso y dice:

–¿Qué quieres que haga? ¿Quieres Torinal, verdad?

Acciona un aparato de chicles y saca uno. Yo no digo nada, me limito a mirar el aparato y luego Trent estira el cuello y dice:

–¿Esa chica es Muriel?

–No, ésa es negra.

–Oh... tienes razón.

Pausa.

–Ni siquiera es una chica.

Me extraña que Trent confunda a un chico negro, y no anoréxico, con Muriel, pero luego caigo en la cuenta de que el chico lleva un vestido de mujer. Miro a Trent y le vuelvo a decir que tengo que irme.

–Sí, tenemos que irnos –dice él–. Ya lo dijiste antes.

Con que me miro los zapatos y Trent encuentra algo que decir.

–Eres demasiado.

Yo me sigo mirando los zapatos.

–Mierda, Clay, a ver si encuentras a Blair. Vámonos.

No quiero pasar por la pista de baile, pero comprendo que para salir hay que atravesar la pista. Cerca de la puerta me encuentro con Daniel, que está hablando con una chica guapa de verdad y muy morena que lleva una camiseta sin mangas de Heaven y una minifalda blanca y negra, y le susurro que me marcho y Daniel me mira y dice:

–¿Y a mí qué coño me importa?

Por fin le agarro de la manga y le digo que está demasiado borracho y él dice que no bromee. Besa a la chica en la mejilla y nos sigue a la puerta, donde Blair está hablando, allí de pie, con un tipo que va a la U.S.C.

–¿Ya os vais? –pregunta.

–Sí –digo, preguntándome dónde habrá estado.

Salimos a la noche calurosa y Blair pregunta:

–¿Lo estáis pasando bien?

No responde nadie y Blair baja la vista.

Trent y Daniel están junto al BMW de Trent y Trent saca de la guantera las notas de Cliff sobre *Mientras agonizo* y se las da a Blair. Nos despedimos y me aseguro de que Daniel se meta en su coche. Trent dice que tal vez uno de nosotros debería llevar a Daniel a nuestra casa, pero luego está de acuerdo en que sería demasiado follón tener que llevarle a la suya mañana. Y yo llevo en coche a Blair a su casa de Beverly Hills y ella lleva las notas de Cliff y no dice nada hasta que intenta quitarse la marca de tampón de la mano y dice:

–Joder. Me gustaría que no tuvieran que ponerme un tampón negro en la mano. Nunca se quita.

Luego comenta que aunque me he pasado cuatro meses fuera, no la he llamado nunca. Le digo que lo siento y salgo del Hollywood Boulevard porque está demasiado iluminado y tomo por Sunset y luego sigo hasta su calle y luego cojo el camino que lleva a su casa. Nos besamos y me dice que he llevado el volante agarrado con mucha fuerza y me mira los puños y dice:

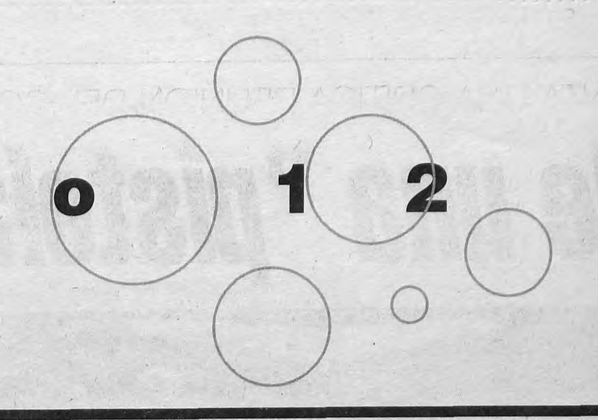
–Tienes las manos rojas.

Luego se baja del coche.

Se reproduce por gentileza de editorial Anagrama.

v e r a n o 1 2

JUEGOS



ENIGMA ACUSTICO

Cinco jóvenes músicos desbordan talento en cada una de sus actuaciones, en las que interpretan temas de su autoría mediante instrumentos acústicos. Determine la edad de cada uno, qué tema interpretó en su última actuación y con qué instrumento.

		EDAD					TEMA					INSTRUMENTO				
		7	8	9	10	11	"Amanecer"	"El aviador"	"Estímulo"	"La golondrina"	"La posada"	Clarinete	Corneta	Saxofón	Trombón	Trompeta
JOVEN	Carlos															
	Darío															
	Fabián															
	Mario															
	Víctor															
INSTRUMENTO	Clarinete															
	Corneta															
	Saxofón															
	Trombón															
	Trompeta															
TEMA	"Amanecer"															
	"El aviador"															
	"Estímulo"															
	"La golondrina"															
	"La posada"															

1. Carlos interpretó "La golondrina".
2. El joven de 7 años interpretó "El aviador" con la trompeta. Su nombre no es Darío.
3. Fabián toca el saxofón. No interpretó "Estímulo".
4. El joven de 10 años ejecuta el trombón.
5. Mario es mayor que el que toca el clarinete.
6. "Amanecer" fue interpretado por el joven de 8 años con la corneta.

NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta. Si en algún caso encuentra tres de los cuatro dígitos que forman el número misterioso y no da con el restante (que no es ninguno de los dígitos que intervienen en los números-pista) deberá buscar cuál es el dígito que no forma parte de dichos números-pista. Si se trata de un único número ausente, ése será el cuarto dígito buscado.

A

	B	R
	4	0
4 1 3 6	0	3
4 3 9 1	1	2
8 9 6 0	1	1
1 7 5 2	1	0

B

	B	R
	4	0
3 5 1 2	0	0
7 8 9 2	0	3
4 7 5 2	0	1
4 0 7 1	0	2

S.O.S.

C

	B	R
	4	0
1 9 5 7	2	0
2 5 0 4	0	0
6 8 2 3	1	1
7 3 2 9	0	3

D

	B	R
	4	0
4 5 1 0	1	2
5 1 3 6	1	1
6 4 5 2	1	0
9 0 8 2	1	1

S.O.S.

E

	B	R
	4	0
2 1 0 4	2	0
3 1 2 7	2	1
8 0 7 5	0	1
1 6 8 0	0	1

F

	B	R
	4	0
4 1 5 8	0	3
6 5 2 1	1	1
5 1 0 8	0	2
5 3 1 2	1	0

ANAGRAMA O SINONIMO

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

1	2	3	4	■	5
6					
7				■	
8				9	
10		■	11		
■	12				

HORIZONTALES

1. Acto.
6. Ajenos.
7. Solicito.
8. Callar.
10. On.
11. Ora.
12. Sosa.

VERTICALES

1. Obtura.
2. Valor.
3. Dice.
4. Usutas.
5. Ostras.
9. Ría.



SOLUCIONES

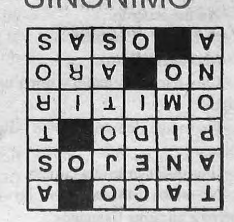
ENIGMA ACUSTICO

Carlos, 9, "La golondrina", clarinete.
Darío, 8, "Amanecer", corneta.
Fabián, 11, "La posada", saxofón.
Mario, 10, "Estímulo", trombón.
Víctor, 7, "El aviador", trompeta.

NUMERO OCULTO

A. 1369. **B.** 8907. **C.** 6937. **D.** 9150. **E.** 2197. **F.** 6814

ANAGRAMA O SINONIMO



T	A	C	O	■	A
A	N	E	J	O	S
P	I	D	O	■	T
O	M	I	T	I	R
N	O	■	A	R	O
A	■	O	S	A	S

